JORGE LUIS BORGES

Two English Poems

I

El alba inútil me encuentra en una esquina desierta: he sobrevivido a la noche.
Las noches son olas orgullosas: olas oscuras de pesada cresta, cubiertas con
todos los matices de honda destrucción, gravadas de cosas improbables,
deseables.

Las noches tienen la costumbre de dones misteriosos y rechazos, cosas
medias dadas y a medias retenidas, goces con un sombrío hemisferio.
Así actúan las noches, te lo advierto.

El oleaje, esa noche, me dejó los pedazos, los extraños jirones de siempre:
algunos odiados amigos con quienes charlar, música para los sueños,
humo de amargas cenizas. Las cosas que no sirven para mi ávido
corazón.

La gran ola te trajo.

Palabras, unas cuantas palabras, tu risa; y tú, tan incesante y negligentemente
hermosa. Hablamos y has olvidado las palabras.

El alba rota me encuentra en una calle desierta de mi ciudad.

Tu perfil se alejó, los sonidos que van a hacer tu nombre, la cadencia de tu
risa: estos son los juguetes ilustres que me dejaste.

Los disperso en el alba, los extravió, los encuentro; hablo de ellos a los pocos
perros sin dueño y a las pocas estrellas desoladas del alba.

Tu oscura y fértil vida...

Debo llegar a ti de algún modo: rechazo los juguetes ilustres que me dejaste,
quiero tu oculta mirada, tu verdadera sonrisa —la solitaria irónica sonrisa que
nada más tu helado espejo conoce.

JOSÉ EMILIO PACHECO

II

¿Con qué puedo estrecharte?

Te ofrezco esbeltas calles, ocasos desamparados, la luna de los carcomidos suburbios.

Te ofrezco la amargura de un hombre que ha mirado mucho tiempo la luna solitaria.

Te ofrezco mis antepasados, mis muertos, los aspectos que los vivos honraron en mármol: el padre de mi padre, muerto en la frontera de Buenos Aires, dos balas que atravesaron sus pulmones, barbado y muerto, envuelto por sus hombres en un cuero de vaca; el abuelo de mi madre —apenas veinticuatro años— encabezando una carga de trescientos jinetes en el Perú, ahora fantasmas en caballos desvanecidos.

Te ofrezco cualquier acierto que mis libros puedan encerrar, cualquier valor o humor que haya en mi vida.

Te ofrezco la lealtad de un hombre que nunca ha sido leal.

Te ofrezco el centro de mí mismo que salvé de algún modo —el corazón central que no emplea las palabras, no trafica con sueños, y está intocado por el tiempo, la desdicha y el goce.

Te ofrezco el recuerdo de una rosa amarilla, vista al ocaso años antes de que nacieras.

Te ofrezco explicaciones de ti misma, teorías sobre ti misma, auténticas y sorprendentes noticias de ti misma.

Te puedo dar mi soledad, mi oscuridad, el hambre de mi corazón: trato de sobornarte con la incertidumbre, con el peligro, con la derrota.